

LA VISTA

DESDE

LA
NEIL GAIMAN

ÚLTIMAS

FILAS

Este libro nos permite echar un vistazo a la mente de uno de los autores más admirados y originales de nuestra época.

Observador incansable de la realidad que le rodea y comentarista sagaz. Neil Gaiman es célebre por la aguda inteligencia y la desbordante imaginación que proyecta en sus obras de ficción. En esta ocasión y a través de 10 capítulos con nombres tan sugestivos como «Algunas cosas en las que creo» o «Sobre los comics y algunas personas que los crearon», repasa la relación entre su vida y su actividad como escritor, analiza textos y situaciones, nos revela sus filias literarias y sus referencias. Y con todo esto nos permite el acceso a su universo, uno de los más complejos, divertidos y sorprendentes al que los lectores tenemos acceso.

A Ash, que acaba de venir al mundo,
para cuando sea mayor

Estas son algunas de las cosas que tu
padre amaba y decía, que le importa-
ban y en las que creía, hace mucho
tiempo

INTRODUCCIÓN

Huí del periodismo o, por lo menos, me alejé con torpeza del oficio, porque quería tener la libertad de poder inventarme las cosas. No quería ceñirme exclusivamente a la verdad; o, para ser más preciso, quería poder contar la verdad sin preocuparme en ningún momento por la veracidad de los hechos.

Y ahora, mientras escribo estas líneas, soy perfectamente consciente de que en la mesa de al lado hay una enorme montaña de libros que yo mismo he escrito palabra por palabra después de abandonar el periodismo, en los que me he esforzado al máximo por ceñirme a los hechos.

No siempre lo consigo. Por ejemplo, en internet se confirma que no es cierto que la tasa de analfabetismo de niños de diez y once años se utilice para calcular el número de celdas que habrá que construir en el futuro, pero sí es verdad que el entonces responsable de Educación de Nueva York me aseguró que eso era cierto hace unos años. Y esta mañana, en las noticias de la BBC, decían que la mitad de los reclusos del Reino Unido tienen la capacidad de lectura de un niño de once años, como mucho.

Este libro contiene discursos, ensayos y prólogos o introducciones. Algunos de los prólogos se han incluido en este volumen porque el autor o el libro en cuestión me apasionan, y tengo la esperanza de contagiar esa pasión a los lectores. Otros, porque en algún pasaje de esos textos hice todo lo que pude por explicar una idea que creo que es cierta, una idea que es posible que sea importante incluso.

Muchos de los autores de los que he aprendido mi oficio a lo largo de los años eran auténticos evangelizadores. Peter S. Beagle escribió un artículo titulado «Tolkien's Magic Ring», que leí cuando era niño y me dio a conocer a Tolkien y *El señor de los anillos*. Pocos años después, H. P. Lovecraft, en un largo ensayo, y después Stephen King, en un libro breve, me hablaron de los autores y los relatos que habían dado forma a la literatura de terror; sin ellos, mi vida no estaría completa. En sus textos, Ursula K. Le Guin solía citar libros para intentar ilustrar sus ideas, y yo los buscaba y los leía. Harlan Ellison, un autor generoso, me ayudó a conocer a muchos narradores gracias a sus ensayos y antologías. La idea de que los escritores disfrutaban con otros libros y a veces, incluso, se dejaban influir por ellos, y que les mostraban a otras personas las obras que amaban tenía todo el sentido del mundo para mí. La literatura no surge de la nada. No puede ser un monólogo. Tiene que ser un diálogo, y además es necesario incorporar nuevos interlocutores a esa conversación, nuevos lectores.

Espero que alguno de los creadores o de las obras que aparecen en estos textos —algún libro, quizá, o incluso una película o una canción— despierte vuestro interés.

Escribo estas palabras en un cuaderno, con un bebé en el regazo. Gruñe y gimotea mientras duerme. Me hace sentir feliz, pero también vulnerable: temores antiguos, olvidados hace mucho tiempo, salen lentamente de entre las sombras.

Hace unos años, un escritor que no era mucho mayor que yo ahora me dijo —con más realismo que amargura— que los escritores jóvenes éramos muy afortunados, porque no teníamos que enfrentarnos a la oscura realidad que él se veía obligado a afrontar todos los días: la certeza de que ya había escrito sus mejores obras. Y otro escritor de más de ochenta años me confesó que lo que le permitía seguir adelante cada mañana era la certeza de que su mejor obra

estaba por llegar, de que un día lograría escribir la gran obra que siempre había perseguido.

Yo aspiro a la situación del segundo de mis amigos. Me gusta pensar que un día haré algo que funcione de verdad, aunque me temo que llevo más de treinta años dándole vueltas a la misma historia. A medida que nos hacemos mayores, cada nuevo proyecto, cada historia que escribimos nos recuerda a otra. Los sucesos riman. Ya nada ocurre por primera vez.

He escrito muchas introducciones para mis propios libros. Son textos extensos en los que describo las circunstancias en las que se escribieron las piezas que integran el libro en cuestión. Esta, por el contrario, es una introducción breve, y la mayoría de las piezas se presentan sin más, sin explicación alguna.

Esto no es «la obra completa de no ficción de Neil Gaiman». Se trata, más bien, de una surtida recopilación de discursos, artículos, introducciones y ensayos. Algunos son serios y otros, frívolos; algunos los escribí con el corazón y otros, para intentar que la gente me escuchara. No hay ninguna obligación de leerlos todos ni de seguir un orden determinado. Los he ordenado de una manera que he pensado que encierra cierta lógica; casi todos los discursos y las piezas de este tipo están al principio, y los textos más personales y sentidos, al final. Entre medias, una variopinta selección de textos, artículos y explicaciones de toda suerte, que hablan de literatura, de cine, de cómics y de música, de ciudades y de la vida.

Hay en este libro algunos escritos sobre cosas y personas que llevo en el corazón. También encontraréis en él parte de mi vida: suelo escribir sobre el tema que sea desde el lugar donde me encuentro en cada momento, y por eso yo estoy demasiado presente, quizá, en mis escritos.

Y ahora, antes de terminar y dejaros con las palabras, unos cuantos agradecimientos.

Gracias a todos los editores que me pidieron que escribiera estos textos. *Gracias* no es una expresión suficientemente elocuente para describir el eterno agradecimiento que le debo a Kat Howard por revisar tantos artículos e introducciones, y decidir cuáles debían incluirse en este libro y cuáles había que relegar a la oscuridad; por ordenarlos de manera sensata en unas cuantas ocasiones para que yo acabara diciendo: «Se me ha ocurrido otra cosa...». (Cuando Kat estaba segura de que ya tenía todo el material que necesitaba, yo le complicaba de nuevo la vida cuando le comentaba: «Bueno, ya escribí sobre ese tema en mi ensayo sobre...», y nos poníamos a rebuscar en el disco duro del ordenador o a escalar polvorientas estanterías hasta que lo encontrábamos). Kat es una santa, probablemente una Juana de Arco rediviva. Gracias a Shield Bonnicksen, por localizar un ensayo del que solo existía una copia en todo el mundo. Gracias a Christine Di Crocco y a Cat Mihos por los textos que encontrasteis, por mecanografiarlos y, en general, por ayudarnos y ser así de maravillosas.

Gracias también encarecidamente a Merrilee Heifetz, mi agente; a Jennifer Brehl, mi editora en Estados Unidos; a Jane Morpeth, mi editora en el Reino Unido; y, por siempre jamás, a Amanda Palmer, mi increíble esposa.

I

ALGUNAS COSAS EN LAS QUE CREO

«Creo que, en la batalla entre las armas y las ideas, las ideas siempre vencerán»

CREDO^[1]

Creo que es difícil matar una idea, porque las ideas son invisibles y contagiosas, y se mueven con rapidez.

Creo que puedes contraponer tus propias ideas a las ideas que no te gustan. Que deberías ser libre para discutir, explicar, aclarar, debatir, ofenderte, insultar, enfadarte, burlarte, cantar, dramatizar y negar.

No creo que quemar, asesinar, hacer volar por los aires a la gente, aplastarles la cabeza con una piedra (para extraerles las malas ideas), ahogarlos o incluso vencerlos sirva para contener las ideas que no te gustan. Las ideas brotan donde menos te lo esperas, como las malas hierbas, y son igual de difíciles de controlar.

Creo que la represión de las ideas contribuye a propagarlas.

Creo que las personas y los libros y los periódicos son recipientes de ideas, pero que quemar a las personas que defienden una idea es tan inútil como poner una bomba incendiaria en los archivos de un periódico. Ya es demasiado tarde. Siempre lo es. Las ideas ya están fuera, escondidas tras los ojos de la gente, esperando en su pensamiento. Se pueden susurrar. Se pueden escribir en los muros, en el silencio de la noche. Se pueden dibujar.

Creo que las ideas no tienen que ser correctas para existir.

Creo que tienes todo el derecho del mundo a sentir con certeza absoluta que las imágenes de un dios o de un profeta o de un humano que veneras son sagradas e incorruptibles, del mismo modo que yo tengo el derecho a sentir la

certeza de que el discurso es sagrado, y que el derecho a burlarse, a criticar, a discutir y a expresarse es inviolable.

Creo que tengo derecho a pensar y a decir cosas inoportunas. Creo que, si quieres remediarlo, deberías discutir conmigo o ignorarme, y que yo debería hacer lo mismo cuando considero que piensas algo inoportuno.

Creo que tienes todo el derecho del mundo a pensar cosas que yo encuentro ofensivas, estúpidas, absurdas o peligrosas, y que tienes derecho a decir, escribir o divulgar estas cosas, y que yo no tengo derecho a matarte, a mutilarte, a hacerte daño o a privarte de tu libertad o de tus propiedades porque encuentro que tus ideas representan una amenaza o un insulto, o son realmente detestables. Es probable que tú pienses que algunas de las mías también son abominables.

Creo que, en la batalla entre las armas y las ideas, las ideas siempre vencerán. Porque las ideas son invisibles, y persisten y, a veces, hasta pueden ser ciertas.

Eppur si muove: y sin embargo, se mueve.

POR QUÉ NUESTRO FUTURO DEPENDE DE LAS BIBLIOTECAS, LA LECTURA Y LOS SUEÑOS^[2]

Para la gente es importante decir de parte de quién está, y explicar por qué y en qué medida esa postura puede condicionar su opinión. Una declaración de intereses, por así decirlo. Así que voy a hablaros de la lectura. Voy a explicaros que las bibliotecas son esenciales. Voy a defender que leer libros de ficción, leer por placer, es una de las cosas más importantes que se pueden hacer. Voy a hacer un ferriente alegato a favor de las bibliotecas y de los bibliotecarios, para que la gente entienda por qué es necesario protegerlos.

Y mi opinión está condicionada, inmensa y evidentemente condicionada: soy escritor y suelo escribir obras de ficción. Escribo para niños y adultos. Llevo unos treinta años ganándome la vida con las palabras; me dedico, sobre todo, a inventarme cosas y a escribirlas. Está claro que me interesa que la gente lea y que lea literatura de ficción, y que existan bibliotecas y bibliotecarios que ayuden a fomentar el amor por la lectura y a proteger los lugares en los que la lectura puede tener lugar.

De modo que mi opinión está condicionada como escritor.

Pero aún lo está más, mucho más, como lector. Y más, incluso, como ciudadano británico.

Y esta noche estoy aquí para pronunciar esta conferencia auspiciada por la Reading Agency, una organización benéfica cuya misión es ayudar a la gente a convertirse en lec-

tores competentes y entusiastas, para que todo el mundo pueda tener igualdad de oportunidades. La Reading Agency financia programas de alfabetización, apoya a las bibliotecas y a los individuos, y promueve abierta y deliberadamente el acto de la lectura. Porque, según ellos, todo cambia cuando leemos.

Y os quiero hablar precisamente de ese cambio y del acto de la lectura. Quiero hablar de los efectos de la lectura. De sus efectos positivos.

Una vez, en Nueva York, escuché a alguien hablar de las prisiones privadas, una industria que está experimentando un enorme crecimiento en Estados Unidos. La industria carcelaria debe planificar su crecimiento futuro: ¿cuántas celdas van a necesitar?, ¿cuántos reclusos habrá dentro de quince años? Y han descubierto que pueden predecirlo de una manera muy sencilla con ayuda de un algoritmo bastante elemental que se basa en averiguar el porcentaje de niños de diez y once años que no saben leer. Y que, por descontado, no pueden leer por placer.

No es una relación directa: no se puede asegurar que en una sociedad alfabetizada el crimen desaparecería para siempre. Pero sí se pueden establecer algunas conexiones profundamente reales.

Y estoy convencido de que algunas de esas correlaciones, las más sencillas, se deben a algo increíblemente simple. La gente que sabe leer y escribir lee obras de ficción, y la literatura de ficción tiene dos usos. En primer lugar, es una droga blanda que permite acceder a la droga dura de la lectura. El impulso de saber qué sucederá después, de querer pasar la página, la necesidad de seguir leyendo, a pesar de las dificultades, porque hay alguien que está en apuros y quieres conocer el desenlace final...

... Es un impulso profundamente real. Y te obliga a aprender nuevas palabras, a pensar nuevas ideas, a seguir avanzando. A descubrir que la lectura es placentera de por sí. Una vez que has aprendido eso, ya estás en condiciones

de poder leerlo todo. Y leer es esencial. Hace algunos años, durante un tiempo, empezó a decirse que vivíamos en un mundo posalfabetizado, en el que la capacidad de comprender las palabras escritas era en cierto modo superflua; pero hoy en día ya nadie defiende esa idea: las palabras son más importantes que nunca. Nos movemos por el mundo gracias a las palabras, y ahora que el mundo se ha colado en internet, necesitamos seguir, comunicar y comprender lo que leemos.

La gente que no es capaz de entenderse no puede intercambiar ideas, no se puede comunicar y los programas de traducción son limitados.

La manera más sencilla de culturizar a los niños es enseñarles a leer y demostrarles que la lectura es una actividad placentera. Y eso es tan sencillo como encontrar libros que les gusten, facilitarles el acceso a esos libros y dejarles que los lean.

No creo que haya libros malos para los niños. De vez en cuando, se pone de moda entre los adultos señalar un tipo de libros infantiles, un género, quizá, o un autor, y declarar que no son buenos, que los niños deberían dejar de leer esos libros. Lo he visto una y otra vez; se decía que Enid Blyton era una escritora mala, al igual que R. L. Stine y muchos otros. Los cómics se censuran porque se dice que favorecen el analfabetismo.

Eso es una chorrada, un esnobismo y una estupidez.

No se puede decir que un autor sea malo para los niños si a ellos les gusta, si quieren leerlo y lo buscan, porque cada niño es diferente. Ellos encuentran las historias que necesitan y se meten en ellas. Una idea trillada, manida, deja de serlo para alguien que la encuentra por primera vez. No debéis impedir que los niños lean porque consideréis que no leen los libros adecuados. La literatura de ficción que a vosotros no os gusta es la droga blanda que les permitirá acceder a los libros que preferís que lean. Y no todo el mundo tiene los mismos gustos que vosotros.

Un adulto bien intencionado puede arruinar con facilidad la pasión por la lectura de un niño: basta con prohibirle leer los libros con los que disfruta, o con ofrecerle libros didácticos pero aburridos, los equivalentes actuales a la literatura «edificante» de la época victoriana. Así se consigue que la siguiente generación piense que leer es aburrido y, lo que es peor, que es desagradable.

Necesitamos que nuestros niños empiecen a subir por la escalera de la lectura; cualquier libro que les haga disfrutar los ayudará a ascender, peldaño a peldaño, hasta llegar a la cultura.

(Tampoco se os ocurra hacer lo que hice yo con mi hija de once años cuando observé que le gustaban los libros de R. L. Stine. Conseguí un ejemplar de *Carrie* de Stephen King y le dije: «¡Si te gustan esos libros, seguro que te encanta esto!». Holly no volvió a leer otra cosa que apacibles historias de colonos de las praderas durante el resto de su adolescencia, y todavía me fulmina con la mirada cada vez que pronuncio el nombre de Stephen King).

En segundo lugar, la ficción fomenta la empatía. Cuando veis la tele o vais al cine, observáis lo que les sucede a otras personas. En las obras de ficción en prosa tenéis que construir algo con veintisiete letras y unos cuantos signos de puntuación, y sois vosotros, y solo vosotros, quienes, con ayuda de la imaginación, creáis un mundo, lo pobláis de personajes y lo veis a través de sus ojos. Sentís cosas, visitáis lugares y mundos que nunca conoceríais de otra manera. Aprendéis que el resto de la gente también posee su propia individualidad. Os metéis en la piel de otra persona y, cuando regresáis a vuestro mundo, habéis cambiado un poco.

La empatía es una herramienta que ayuda a integrarse en un grupo, y de esa manera dejamos de comportarnos como individuos obsesionados con nosotros mismos.

A través de la lectura, además, podéis descubrir algo muy importante para abriros camino en la vida. Y es esto:

EL MUNDO NO TIENE POR QUÉ SER ASÍ. LAS COSAS PUEDEN SER DIFERENTES.

La literatura de ficción puede mostraros un mundo diferente. Puede llevaros a lugares en los que nunca habéis estado. Una vez que habéis visitado otros mundos, al igual que las personas que han probado los frutos del País de las Hadas, no podéis sentir os satisfechos del todo con el mundo en el que habéis crecido. Y la insatisfacción es buena: la gente insatisfecha puede modificar y mejorar el mundo en el que vive, perfeccionarlo, cambiarlo.

Y, siguiendo con este tema, me gustaría decir unas palabras acerca de la evasión. Se dice por ahí que la literatura de evasión no es buena. Como si fuera el opio barato de los ignorantes, los estúpidos y los ilusos; como si la única ficción que mereciera la pena, tanto en el caso de los adultos como en el de los niños, fuera la ficción mimética, que refleja los males del mundo en el que el lector se encuentra inmerso.

Si estuvierais atrapados en una situación imposible, en un lugar hostil, con personas que os desean el mal, y alguien os ofreciera una evasión temporal, ¿por qué no aceptarla? Y las obras de evasión no son más que eso: obras que abren una puerta, muestran la luz del sol que hay en el exterior, un lugar donde todo está bajo control y en compañía de personas con las que queréis estar (y los libros son lugares reales, no os confundáis). Y lo más importante es que, mientras os evadís, los libros os pueden ayudar además a conocer el mundo en el que vivís y la difícil situación en la que os encontráis; pueden ofreceros armas, una armadura, cosas reales que podréis llevaros a vuestra prisión cuando regreséis. Destrezas, conocimientos y herramientas que podréis utilizar para evadiros de verdad.

Como decía C. S. Lewis, las únicas personas que despostrican contra la evasión son los carceleros.

Otra manera de destruir el amor de los niños por la lectura es, por supuesto, asegurarse de que no haya un solo li-